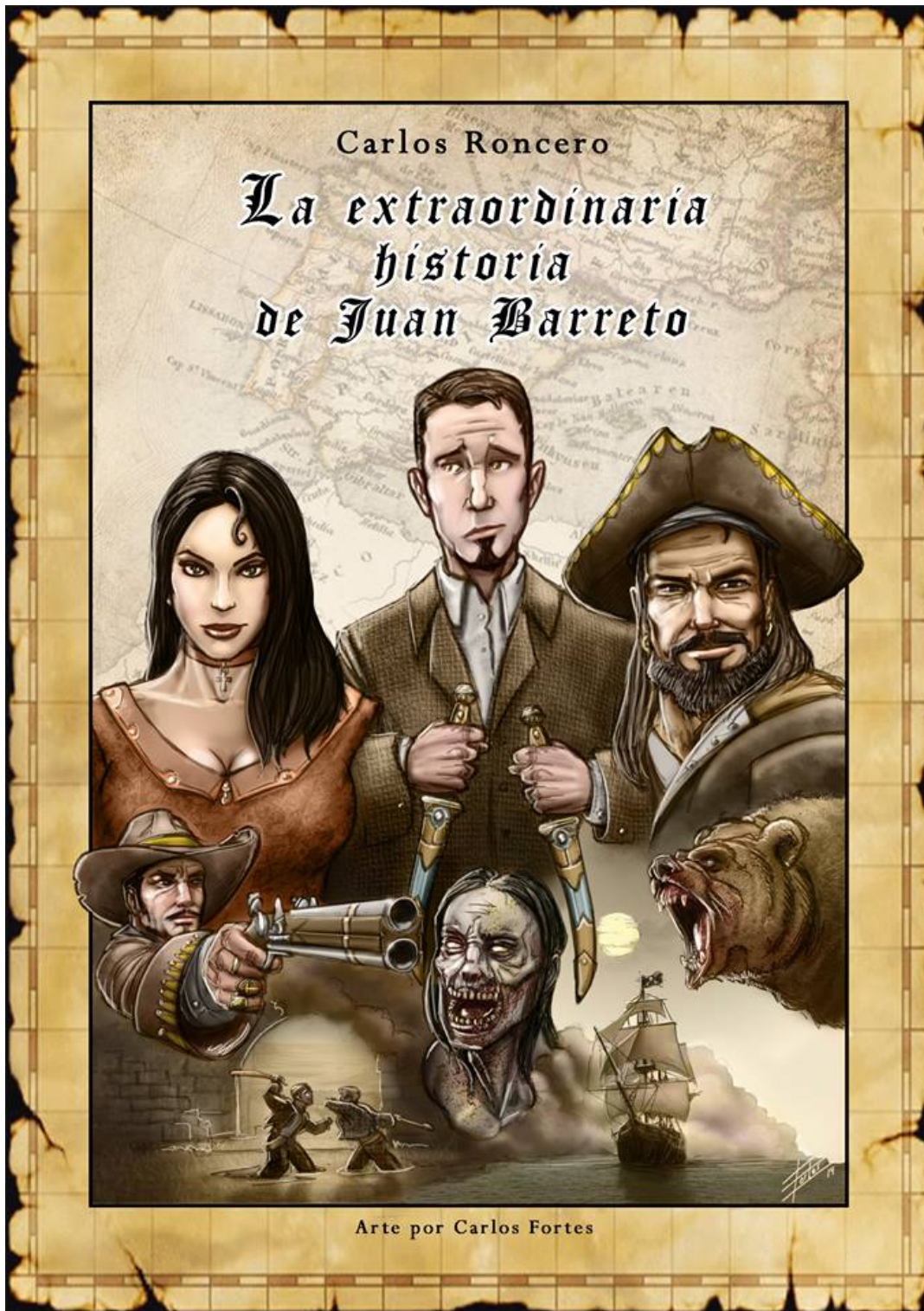


La extraordinaria historia de Juan Barreto 23 y 24

Carlos Roncero



Capítulo 1

23

La luna les iluminó hasta alcanzar la salida de las ruinas. En aquella escena más propia de un lienzo de Friedrich que de la experiencia que habían vivido, uno y otro deambulaban famélicos, agotados, casi como los resucitados por la vieja noctámbula. Por ello, no es de extrañar que se alegraran al encontrar intacto el coche en el que habían viajado. Los caballos se quejaron por lo intempestivo de la hora pero, en general, colaboraron ante semejantes inexpertos en el arte del dominio equino. Juan Barreto se subió a la silla del coche e insistió en que Rocío viajara en el interior, pero esta se negó tajante y, naturalmente, mentando a su virgencita del Rocío. Al joven maestro no le pasaba inadvertido cómo podía cambiar la apelación a la virgen en función del sentimiento que la andaluza aplicara a su voz.

Huyeron pues a paso vivo los dos jóvenes de aquellas ruinas de muerte sin mirar atrás. Un escalofrío les recorrió el cuerpo al pasar bajo el arco que coronaba las decadentes murallas cubiertas de hiedra. Sin mediar palabra, el maestro se quitó su casaca sucia y raída para ponerla con delicadeza sobre la espalda de su compañera. Al poco, la joven apoyó la cabeza en el hombro de su salvador y quedó dormida.

Hambre, sueño, terror, desasosiego, ansiedad, incertidumbre...tal era el cuadro anímico del maestro mientras permitía que los caballos hicieran lo suyo avanzando, ahora sí, pausadamente. Aunque se empeñó y luchó vivamente por evitarlo, sus ojos rendidos acabaron por cerrarse. En el sueño no halló descanso pues decenas de imágenes llenas de muerte y sangre le inundaron una historia del todo surrealista sobre la vida y el destino. En medio de todas ellas, el pirata don Diego Quintana y Salazar aparecía y desaparecía a su antojo taladrando con su risa cavernosa la endeble fortaleza del maestro.

Juan Barreto despertó ante la pausa de los caballos. La ausencia de movimiento alertó sus sentidos. Abrió los ojos para encontrarse con que el alba rayaba el horizonte de un enorme descampado. A lo lejos, la inmensidad de Sierra Morena se dibujaba como la silueta de un gigante dormido. Sin embargo, no fue la belleza del amanecer lo que sobrecogió al maestro, sino el motivo por el cual los animales se habían detenido.

Unos seis hombres armados les miraban en un silencio que no podía presagiar ningún trato cordial. Juan Barreto no podía creer que una suma tan grande de desdichas pudiera acumularse sobre sus hombros. De una secta satánica caían ahora apresados por una cuadrilla de bandoleros,

aunque para ser tales se mostraban pulcros y bien ataviados. Por instinto, el maestro cubrió con su cuerpo las piernas desnudas de Rocío, quien en aquel momento despertaba. El silencio era exasperante.

- Ay, virgencita mía- dijo esta vez con cansino fastidio-, no puede ser.

- Sí puede ser- afirmó con voz rotunda y grave el que parecía jefe de aquel puñado de taciturnos.

- No conseguirán nada pues nada tenemos- anunció fusta en mano y con un coraje que desconocía en él Juan Barreto-. Déjenos seguir.

- ¿Sabéis cuánto tiempo os hemos buscado?- preguntó el mismo hombre con fuerte acento castellano.

El maestro empezaba a fastidiarle ya la manía que tenía todo el mundo en aquel siglo de conocerle. Le exasperaba que no ocurriera al contrario, para así al menos poder saber sus nombres o qué buscaban de él. En tal frustración se hallaba cuando se percató de que el hombre no apartaba los ojos de Rocío.

- Debí esconderme mejor- refunfuñó la joven cruzándose de brazos y soplando sobre su maltratado flequillo.

- ¿Sabéis las preocupaciones que habéis causado a vuestro padre?- prosiguió el hombre.

- Bah, mi padre- dijo ella con una mezcla de indiferencia y desprecio.

Juan Barreto la observaba perplejo.

- ¿Pero es que le conocéis?

No pudo obtener respuesta pues el líder del grupo volvió a alzar la voz.

- ¿Bajáis u os bajamos?

Rocío giró el rostro a un lado con tales aires de superioridad que hizo suponer al maestro que aquella actitud era frecuente en ella en presencia del hombre que la interpelaba.

- Me bajáis, si os atrevéis, capitán- retó ella remarcando con toda

la intención la última palabra.

El capitán hizo un gesto y dos de sus hombres desmontaron con celeridad. Rocío se aferró al brazo de su salvador.

- No dejéis que se salgan con la suya, os lo ruego, por la virgencita del Rocío- le rogó con cara de minina acorralada.

Juan Barreto pensó que después de haberse enfrentado a una tropa de resucitados caníbales, bien podía intentarlo con una patrulla de vivos. En cuanto uno de los hombres subió al cabestrante el maestro le soltó una patada en la barbilla haciéndole caer.

- Bien- gritó Rocío como si animara a su héroe desde el palco de una plaza de toros.

El capitán resopló con aire cansado e hizo un nuevo gesto, tras el cual el resto de secuaces desmontaron para dividirse en dos grupos, uno para la joven y otro para Juan Barreto.

- Quietos- gritaba la andaluza-, quitadme de encima esas patas de becerros.

Así como Juan Barreto fue reducido con facilidad tras un certero golpe en la cabeza con la culata de una pistola, someter a Rocío fue una tarea más ardua que la de atrapar a un gato acorralado.

- Ya veréis cuando se lo cuente a mi padre- le gritó al capitán-. Ese hombre al que habéis tumbado me ha salvado la vida. Es un héroe. Tenéis que soltarle y agradecerle que siga viva.

- Eso lo veremos- sentenció el capitán con serenidad-. Por de pronto, subid al coche. Os llevaremos a palacio.

24

Despertar para descubrir que le dolía enormemente la cabeza; triste y sufrido sino el de Juan Barreto. Hubiera preferido seguir sin conciencia, ajeno a una vida que no hacía más que apalearle. Una vez más, había dado con sus huesos en prisión, y con esta, perdía una cuenta que no deseaba llevar. Prefería la muerte a continuar de celda en celda en aquella centuria desbocada. Apoyó la espalda en la pared fría y resopló. La imagen de Rocío no tardó en asomarse a sus pensamientos. ¿Quién era realmente?, ¿por qué la buscaban esos hombres?, ¿y por qué no le habían matado? ¿Qué podían querer de él para mantenerlo vivo en aquel calabozo? Sintió hambre, un hambre atroz. Si una rata hubiera tenido el atrevimiento de pasearse frente a él, hubiera olvidado todos sus

padecimientos con tal de atraparla para desayunársela.

De pronto, la puerta se abrió con estrépito apareciendo en toda su inmensidad el capitán que había ordenado su prendimiento. Era alto, de apuesta figura, un líder nato de rostro castizo y mirada profunda. La sangre fría dirigía su vida. Vestía un uniforme militar granate acompañándolo con un sombrero de ala ancha del mismo color. Le escrutó con los ojos como si buscara confirmar en la triste figura del maestro algún dato reciente y arduo de creer.

- Seguidme- ordenó el capitán, dándose de inmediato la vuelta para rehacer el camino andado. La perplejidad del maestro le impidió reaccionar como lo hubiera deseado su carcelero-. Vamos- le espetó impaciente reapareciendo a su vista-, al conde no le gusta esperar, y a mí tampoco.

Juan Barreto se levantó sospechando que era mucha mejor opción no soliviantar al capitán que al conde. Le siguió atemorizado, pero también extrañado de que no le atara o de que ningún guardia le custodiara. Lo único que veía era la espalda enérgica del capitán que se oscilaba de un lado a otro al ritmo impuesto por sus pasos prestos y firmes. El maestro temió no poder seguir semejante ritmo, especialmente porque la extensión del lugar le superaba. Era evidente que en su larga marcha ascendían y que de la más rancia austeridad habían ido pasando al lujo más desenfrenado. Había perdido la cuenta de las estancias atravesadas, de los inmensos patios y salones desbordantes de rococó. Los tapices asfixiaban las paredes. Tanto fasto le cegaba. Empezaba a pensar que llevaba recorrido más metros dentro de aquel edificio que en todo su pueblo cuando, al fin, alcanzaron su objetivo. Un criado abrió las dos hojas de una inmensa, aunque muy elaborada, puerta de madera estofada en oro, y escolta y escoltado entraron.

Un salón colosal anclado en el churrigueresco abrumó a Juan Barreto como lo hubieran hecho los rayos del sol. En el centro de la estancia una mesa de proporciones astrales les hizo detenerse. Aunque el extremo del fondo estaba presidido por un hombre de enorme peluca blanca reducido por la perspectiva, los ojos del maestro cayeron en picado sobre el banquete pantagruélico en ella servida. El olor de las perdices en salsa y otros manjares estuvo a punto de hacerle desmayar.

- Juan Barreto- señaló con voz pastosa el hombre de la peluca, a lo que el maestro levantó la vista. Su primer impulso fue reírse de la peluca pero para ello hubiera sido necesaria una fuerza que no tenía-, extraño nombre el vuestro, ¿de dónde es?

- El nombre no sé- contestó con voz débil-, yo de Almería.

- Almería...eso queda un poco lejos...Pero acercaos, por favor, tened la bondad de acompañarme en esta modesta colación.

Juan Barreto se acercó lamentando tener que apartarse de toda aquella comida. Siguió la indicación que su anfitrión le hacía con la mano y se sentó a su vera. El hombre sonrió complacido. Era grueso, pero los kilos de más no le desentonaban. Era su obesidad de tipo agraciada pues hasta los pliegues de la papada sintonizaban con el resto de su rostro orondo, siendo dominado este por dos enormes ojos de besugo estimulados con mucho esfuerzo por una presión arterial atiborrada durante años por la ingesta de todo tipo de grasas animales.

-Gracias. Yo también me llamo Juan, como vos. Juan Santana Sánchez, Conde de Cerronegro, y mucho me temo que os debo una disculpa- e inclinó levemente la cabeza-. Él es el capitán Cardosa y también os debe una disculpa- a la señal del Conde, el capitán inclinó su pecho, aunque con cierta mueca de orgullo-. Habéis salvado la vida de mi hija. No tengo forma de poder compensar algo así, pero, por de pronto, comed algo.

Dio dos palmadas y uno de los criados afincados al pie de las cortinas se acercó presto a la mesa.

- Servid a este buen hombre lo que os pida- señaló el conde con voz firme. El criado miró a Juan Barreto y esperó con cortesía sus órdenes. Tal era el festín presentado que el maestro fue incapaz de decidirse-. Ponedle un poco de todo- intervino el conde con menos paciencia que su criado.

- Muchas gracias- dijo Juan Barreto inclinando la cabeza.

- No, insisto: quien debe agradecer aquí soy yo, que no os quepa duda, Juan Barreto.

El Conde observó el yantar ansioso del maestro en respetuoso y meditativo silencio. Tras unos segundos en ese estado, terminó por suspirar.

- Veréis, tengo un enorme problema, debo confesároslo, y ello es mi hija. ¿Cómo decirlo?, ha resultado ser un poco...díscola, no sé si me entendéis- el maestro asintió mientras daba buena cuenta de una de las perdices-, especialmente desde la muerte de su madre, mi esposa. Sí, aquello fue un duro golpe para todos, pues ella era el alma de mi humilde casa y el origen de la belleza de mi hija. Porque como comprenderéis, con esta cara que os contempla- y sonriendo señaló su rostro con la mano derecha-, mi hija...- Borró su sonrisa y prosiguió- Desde ese momento, pues, me correspondió a mí en exclusiva velar por Rocío, buscar lo mejor para ella, y he aquí que dispuse su matrimonio, ¿entendéis?- Juan Barreto volvió a

asentir, pero esta vez por educación pues apenas comprendía nada-. Es lo que hubiera hecho cualquier padre en mis circunstancias. Hallé buen partido en un joven portugués, hijo de la principal familia tabaquera del Algarbe. Un joven agradable, dicen, y de aspecto viril; ya nos han enviado un retrato. En fin, no quiere oír hablar de matrimonio. Ella quiere ser actriz- y salpicó de desprecio e incompreensión la palabra-. Actriz, mi hija. ¿Podéis imaginaros a la heredera de mi título sobre un escenario? ¿Dónde se ha visto semejante afrenta a nuestro sagrado estamento? ¡Actriz!- repitió como si se lo hubiesen manifestado por primera vez- Esto es culpa de ese pirata, ese maldito Diego Quintana- Juan Barreto dejó de masticar al oír el nombre-. Sí, como lo oís, mi hija cayó en manos de ese criminal que le llenó la cabeza de estúpidas aventuras. A pesar de mi guardia personal- continuó, adoptando un tono de decepción mientras miraba de reojo al capitán Cardosa-, mi hija ha podido escapar de palacio dos veces. En la primera quiso el trágico destino que diera con Diego Quintana. Afortunadamente, llegamos a tiempo de evitar que pertrechara alguna desgracia irreparable, aunque ese miserable pudo escapar; en la segunda, mi hija pudo esconderse en uno de los refugios de ese rufián, una apestosa taberna de Cádiz, e incluso llegó a pagar al tabernero para que la hiciera pasar por su empleada y trazar así un plan para enviarla a Madrid sin levantar sospechas. Ahí quiso la providencia que diera con vos, y el resto ya lo conocéis de sobra, siendo lo que nos reúne aquí en este instante.

El conde dejó pasar deliberadamente varios segundos tras su extenso soliloquio. Era consciente de que sus palabras debían entrarle a su invitado con la misma intensidad que el alimento que engullía.

- Debo preguntaros una cosa- continuó el noble inclinándose al maestro como si le fuera a confesar un secreto-. ¿Es cierto?, ¿era la vieja noctámbula en persona?- le interrogó en un murmullo.

Juan Barreto detuvo en seco su yantar al oír ese nombre. De hecho, la imagen del resucitado comiéndose al notario le hizo quebrar su apetito.

- Sí, eso creo.

El Conde miró a su capitán con aire de reproche.

- ¿Veis, Cardosa, como no es ningún cuento de niños? Esa vieja existe.

- Existía, me temo- se atrevió a intervenir el maestro.

El asombro salpicaba los ojos de pez del noble.

- ¿Qué me decís? Una gran noticia, en verdad, pues tenía atemorizada toda la región, incluido a mí, he de reconocerlo. Y decidme- se inclinó aún más-, ¿es cierto que resucitaba muertos? Dicen que en la cárcel de Cádiz hay un preso loco que no para de jurarlo; por lo visto, era uno de los hombres de su gavilla.

Juan Barreto recordó de inmediato a aquel pobre paria.

- No sé si los resucita, pero hizo cosas muy extrañas con la gente.

- Con la gente que capturaba, claro- afirmó acariciándose el primer pliegue de su papada-. Asombroso. Y vos habéis rescatado a mi hija de sus garras. Sois en verdad valiente, Juan Barreto, por eso he de pedir os un gran favor.

El maestro tuvo un pequeño escalofrío al oír esa última parte. No supo ni cómo ni por qué, pero ese escalofrío le pareció un presagio de lo que se le venía encima si no ponía remedio pronto. Su problema era que jamás había podido decir que no. Siempre había formado parte de su personalidad, de su alma quizás, el complacer a los demás.

- Por supuesto- dijo el maestro con algo de dificultad. No se percató en aquel instante de la sonrisa espontánea, y con algo de desprecio, del capitán Cardosa.

- Es un doble favor, en verdad- continuó el Conde para volver a golpear sus palmas por dos veces. En esta ocasión el criado apareció con una cartera de cuero- ¿La reconocéis?- le preguntó una vez la tuvo en sus manos.

- Sí-contestó atónito- es la cartera de...

- En efecto, del escribano real don Rodolfo de Sotomayor, amigo mío y que les acompañaba en su desdichado viaje. He de suponer que el buen funcionario ha pasado a mejor vida, ¿no?

- Me temo que sí, señor- le contestó dudando si debía narrar los hechos de su terrible muerte.

- Una gran pérdida, sin duda- añadió el conde con un pesar que al maestro se le antojó algo forzado-, pero afortunadamente, la cartera continuaba en el mismo sitio donde, sin duda, él la había ocultado: bajo el asiento de la collera. Pues es precisamente de esta cartera de lo que quería hablaros y también de mi hija.

Juan Barreto apoyó la espalda en la silla buscando la mejor posición para recibir la información que no deseaba oír. Lo que en realidad

ansiaba era desaparecer de ahí y perderse en las páginas de los escasos libros de la biblioteca de su pueblo. El conde se aferró a la cartera y con un gesto de su abundante barbilla ordenó a Cardosa que se retirara. Don Juan no pronunció palabra hasta ver que la puerta se cerraba. Incluso esperó a que el eco de los pasos del capitán se disipara entre las paredes.

- En confianza- le dijo al maestro en un susurro-, dudo de él, de Cardosa. No de su lealtad, por supuesto. Creo que está enamorado de mi hija. Sí, como lo oís, y ya sabéis que cuando el amor se cruza en el camino, nadie entiende de lealtades. No sé quién lo inventó, pero es así- el conde suspiró con desconsuelo-. Os necesito, Juan Barreto; necesito desesperadamente vuestra ayuda; habéis llegado a esta casa como agua de mayo. Veréis, mi hija ha de partir inmediatamente a Madrid. En realidad, debía de estar allí desde hace un mes. Esta demora está siendo para mí una fuente de disgustos. Pero no creáis, que no iré a Madrid para ser actriz, no, sino para ser retratada. Me han enviado un retrato de su pretendiente, ¿entendéis? Me corresponde ahora a mí enviarles un retrato de mi heredera. He contratado en la capital a un pintor de reconocido prestigio para que la retrate; es el mejor, creedme, pero tiene un pequeño defecto que puede poner en peligro mis planes, quiero decir- se precipitó a corregirse-, el matrimonio de mi hija: según cuentan, es un mujeriego; parece ser que le conocen bien tanto en la corte como en las casas de mala fama, supongo que me entendéis. Ahí es donde entráis vos. Debéis estar en todo momento con mi hija, protegerla.

- Del pintor.

-Y de Cardosa, por supuesto- exclamó dando una palmada para reforzar la terrible evidencia de su respuesta.

- ¿Es que también viene?

- Santo Dios, ¿no pretenderéis que mi hija pase por Despeñaperros sin guardias?

- No, claro que no- se disculpó el maestro algo impresionado por la vehemencia empleada por su anfitrión.

- Tengo la impresión- volvió el conde a bajar el tono de su voz- que mi hija corresponde a mi capitán. Sí, increíble, pero cierto, a pesar de la diferencia de edad. Por mi parte, estoy seguro de que lo hace solo para incordiarne. Todo es muy casto, por supuesto, pero imaginad si ocurriera el desastre, ¿entendéis?

Juan Barreto permaneció con la expresión típica de quien oye sin escuchar. No es expresión fácil de aplicar y requiere de mucho ensayo, pero si se ejecuta con corrección nuestro interlocutor no solo nos agradecerá que le hayamos escuchado sino que además alabará nuestra

cualidad de saber hacerlo. En el caso de Juan Barreto, no fue la descortesía quien le impulsó a mostrarla sino el cansancio.

- Mi hija ha de llegar virgen a la noche de bodas- dijo exasperado-. Es de vital importancia este detalle, de lo contrario la rechazarían y ya podéis imaginar la vergüenza para el nombre de mi familia; una mancha, señor Barreto, una mancha imborrable. Por eso, he de preguntároslo abiertamente- se inclinó más que nunca hacia el rostro del maestro. Movía los labios buscando las palabras adecuadas para plantear la cuestión. Incluso carraspeó antes de empezar-. ¿Vos creéis que en el cautiverio de mi hija con esa vieja maldita mi hija llegó a ser, cómo decirlo, forzada?

El rostro del conde reflejaba una clara plegaria por escuchar una respuesta negativa. Aún así, Juan Barreto estaba convencido de que había llegado a tiempo para evitar que el honor de Rocío fuera mancillado.

- No.

- ¿Estáis seguro?

- Sí.

- ¿Cómo podéis estarlo? Mi hija me ha dicho que os encerraron en celdas diferentes y a ella debieron drogarla con algún brebaje pues no recuerda apenas unos detalles de su encierro.

Juan Barreto no contaba con la versión de Rocío. ¿Qué podía decir?, ¿que la joven había sido reservada para que la vilipendiara el demonio en persona? Era de locos.

- Lo estoy- dijo con rotundidad-. Creedme, lo estoy.

El conde permaneció con los ojos fijos en los de su invitado durante unos interminables segundos. El maestro rogó porque no pudiera leerle los pensamientos pues en aquel instante recordaba la actitud de Rocío en su habitación de la taberna de Cádiz. Dio por descontado que el Conde desconocía la realidad de su hija.

- Os creo- dijo al fin-, os creo y os aseguro que me dejáis complacido- dijo volviendo a buscar la comodidad de su silla-, lo que me confirma que sois la persona indicada para ayudarme. Por supuesto, os recompensaré con creces, podéis estar tranquilo.

- Conde- empezó con torpeza Juan Barreto pues no sabía cómo tratar a los nobles-, os ayudaré con mucho gusto sin necesidad de

recompensa alguna, pero permitidme una pregunta.

- No faltaba más, preguntadme lo que queráis. Os escucho.

- Si tan preocupado estáis, ¿por qué no hacéis que el pintor venga a vuestra casa?

El rostro del Conde se descompuso en indignación.

- ¿Qué creéis?, ¿que no lo he pensado? Sus honorarios son muy elevados. No es que no los pueda pagar- se apresuró a aclarar-, es que me niego a desembolsar semejante cantidad de dinero a un pintor. Estaréis de acuerdo conmigo.

- Sí, sí, claro- le contestó sin ánimo de contrariarle.

- Ahora, debo hablaros de esta cartera- anunció el conde como si fuera a dar una extremaunción-, pero he de advertiros que al hablaros de ella os estaré ligando a un secreto de Estado. ¿Accedéis?

Juan Barreto dudó un instante, pero finalmente asintió con la cabeza, aunque su gesto no fuera, precisamente, un derroche de energía.

- Me reconforta saber que sois en verdad un hombre de coraje. Muchos otros se hubieran echado atrás ante esa misma pregunta. Veréis, nuestro amigo el escribano, en gloria esté, no viajaba a Madrid por placer. Debía entregar esta cartera a su majestad, el rey, y, parece ser, es de extrema importancia, pues así lo indica el sobre de su interior. Por supuesto, el sobre está lacrado; ya quisiera yo poder abrirlo y echarle un buen vistazo. En fin- el conde volvió a suspirar-, os ruego, Juan Barreto, os suplico que entreguéis esta cartera al monarca en mi nombre. Es para mí de suma importancia poder hacerle tan alto servicio. Por supuesto, iría yo mismo- se precipitó a precisarlo-, pero las obligaciones de mi casa me lo impiden; estamos justo en la cosecha y los jornaleros de por aquí son muy haraganes. Estoy seguro de que lo entendéis- dijo brindándole su sonrisa más servil.